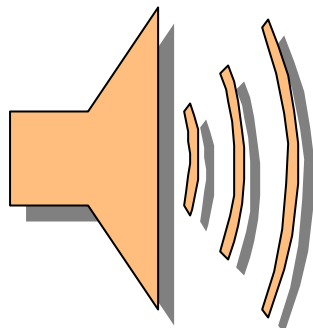


Carta vocacional

-Julio 2008-

En el mes de junio hemos reflexionado de la mano de P. Alberione, sobre la relación entre amor, caridad y vocación. Este mes, él mismo nos invita a meditar sobre la humildad que siempre será señal de santidad, y si es así, podemos decir nosotros que también lo es de vocación, pues en definitiva, todos somos llamados a la santidad, vocación de todo cristiano.



“La señal de la santidad será siempre la humildad, para todos los hombres, pues la santidad es buscar la gloria de Dios; el orgullo, en cambio, busca la propia. La santidad consiste en tender al mismo fin por el que Dios lo ha creado todo y distribuye sus dones, es decir, su gloria. Un alma, pues, será de veras santa si busca y procura en todo la gloria de Dios...”
(Beato P. Alberione, RSP, 320)

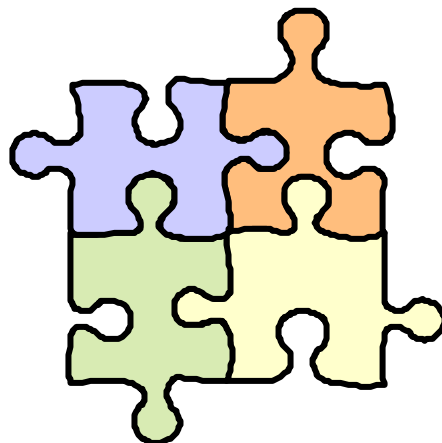
Se nos presenta aquí la primera característica de la humildad, la búsqueda de la Gloria de Dios. Humilde es el desprendido de sí mismo, hasta el punto de no buscarse a sí mismo más que en lo necesario para que su vida sea digna y así glorifique a Dios. Luego, en todo, su meta es siempre la gloria de Dios. ¿Y en qué consiste la gloria de Dios? “La gloria de Dios es el hombre viviente” (S. Ireneo) La gloria de Dios es la vida del hombre, una vida plena, alegre, digna, abundante (Jn 10, 10) Por tanto todo cuanto pensemos, hablemos y obremos para conseguirlo, especialmente en el hermano que está a nuestro lado, en el más cercano y prójimo, estará orientado a la gloria de Dios. Y este ejercicio, nos hará humildes, desprendidos y más libres, también para gloria de Dios. Y a su vez esto contagiará a otros, porque dice Jesús: “..para que los hombres al ver sus obras glorifiquen al Padre..”(Mt. 5 16)

Podríamos preguntarnos,

-¿cuál es el sentido de nuestros desprendimientos? ¿cómo ejercitamos la humildad?

-¿nos damos cuenta de la profundidad que tiene el ejercicio de la humildad en nuestras vidas, o nos quedamos en un ejercicio superficial, de palabras, de gestos repetidos, de expresiones que no serán censuradas, que quedan bien?

“Ahí tenemos cómo se preparan los apóstoles, cómo se alcanza la verdadera santidad. El Maestro divino, hecho niño, nos da una lección bien fuerte. Lección para quien guía, para quien tiene autoridad, pues la autoridad es servicio, y el que “entre ustedes, dirige, iguállese al que sirve” (Lc 22,26) Por su parte. Quien es servido no debe exaltarse, porque uno y otro todo lo tienen de Dios, nada de sí mismos.” (Beato P. Alberione, RSP. 321)



Aquí se nos presenta una segunda e importante característica, que Jesús recordará y enseñará lavando los pies a sus discípulos en la última cena. El servicio. Humilde es el que sirve. El servicio puede ser descrito de muchas maneras, aquí, simplemente miraremos que el servicio es una actitud de profunda contemplación ante la realidad del hermano; de respetuoso silencio ante el misterio del otro. De esta contemplación y silencio, brota la caridad atenta, concreta, rápida y hasta audaz. El servicio nos permite comprendernos como personas que nos relacionamos con un tú, y en esta relación también nos reconocemos a nosotros mismos y reconocemos a Dios, el Tú. Jesús nos dirá : “Todo lo que hicieron por uno de estos pequeños, conmigo lo hicieron”(Mt 25, 40)

El ejercicio del servicio, nos enseña también que nada es nuestro, que nada lo conseguimos por nosotros mismos, sino que se nos ha dado, lo hemos recibido gratuitamente y así lo tenemos que dar. Somos administradores, no dueños.

Qué importante resulta esta iluminación para los momentos de discernimiento, cuanto más en el discernimiento vocacional, donde tanto el acompañado como el acompañante, tienen que buscar la voluntad de Dios, en un marco de recíproco servicio: humildad del acompañado en recibir y dejarse acompañar, dejando que Dios haga en él su voluntad, y humildad del acompañante en respetar, atender, liberar el camino, dejando que Dios haga su proyecto.

-¿Desde donde ejercemos el servicio? ¿En qué lugar nos toca servir? ¿cómo lo estoy haciendo?

-¿Pienso que sirvo cuando contemplo en silencio, cuando dejo que el otro descubra y haga lo que Dios le pide, o sólo cuando hago algo por el otro, y a veces termino haciendo en lugar del otro?

-¿Cómo sirve Dios?

“Ese Niño dice ahora con los hechos: “Aprended de mí, que soy sencillo y humilde...”(Mt 11, 29) lo dirá luego también con las palabras, pero primero con los hechos.” (Beato P. Alberione, RSP, 322)

Nuestra realidad actual se presenta marcada por la competencia, el afán de tener para “ser alguien”, para “no ser menos”; la autoridad se impone con el poder controlador, asfixiante y avasallador; cuanto más se domina las decisiones, los criterios, lo hechos, las personas, más se desea dominar; “ser el primero”, “ser el mejor”, “ser el único”, al que se dirigen todas las miradas; podemos decir que salvando las diferencias de medios y tecnología, es igual que en la época en que Jesús se encarnó y vivió entre los hombres. Hoy también resuenan con la misma frescura de aire nuevo, las palabras y los gestos humildes; especialmente para los jóvenes que buscan otro horizonte y anhelos que los que les presenta el mundo. No dejemos que ninguno se pierda de vivir el ideal de Jesús, por nuestra falta de humildad.

Volvamos a empezar cada día, levantémonos si hemos caído, reconozcamos nuestros errores cuando nos equivocamos, pidamos perdón y demos perdón, y tengamos el valor de dar “un paso atrás” para seguir avanzando.

